

En el principio del Génesis

Una lectura comparativa del primer capítulo

Cronista Anónimo (DARC)

© 2026 · CC BY-NC-SA 4.0

Prólogo

El Génesis ha sido leído durante siglos como el relato del origen absoluto del universo. Sin embargo, una lectura atenta del texto hebreo, de su gramática, de sus palabras y de su estructura interna, revela algo más complejo y más interesante que una cosmogonía religiosa: un poema construido con una arquitectura precisa, lleno de ecos de tradiciones más antiguas y de decisiones editoriales que transformaron dioses en metáforas y mitos en literatura.

Este libro no es teología ni arqueología. Es una lectura comparativa que cruza tres campos: la filología hebrea, la mitología del antiguo Cercano Oriente y las teorías científicas contemporáneas sobre el origen del universo y la vida. No pretende demostrar que la Biblia es ciencia avant la lettre, ni que la ciencia confirma la revelación. Pretende algo más modesto y más honesto: mostrar que un texto escrito hace más de dos mil años, por personas que miraban el mismo universo que miramos nosotros, organizó su experiencia del mundo con una coherencia que vale la pena examinar en detalle.

Algunas de las interpretaciones que aquí se presentan pertenecen a la tradición rabínica medieval, particularmente a Rashi, el comentarista francés del siglo XI cuya lectura gramatical del primer verso del Génesis sigue siendo tan precisa hoy como cuando fue escrita. Otras provienen de la asiriología y los estudios comparativos del antiguo Cercano Oriente, disciplinas que desde el siglo XIX han documentado los paralelos entre el Génesis y textos como el Enuma Elish babilónico. Y otras son hipótesis propias, lecturas especulativas que el autor ofrece no como verdades establecidas sino como posibilidades que el texto parece admitir cuando se le presiona con las preguntas correctas.

El lector encontrará en estas páginas argumentos de distinto peso epistemológico. Algunos están respaldados por la gramática y el consenso académico. Otros son inferencias razonables a partir de evidencia circunstancial. Otros son, francamente, especulación informada. El autor ha procurado distinguir entre ellos a lo largo del texto, porque una hipótesis presentada honestamente como hipótesis vale más que una certeza fabricada.

Lo que sí puede afirmarse sin reservas es que el primer capítulo del Génesis es un texto extraordinario, no a pesar de su complejidad sino gracias a ella. Sus aparentes contradicciones son una arquitectura. Su desorden es una firma. Y sus dioses ocultos llevan miles de años esperando que alguien los nombre.

— *Cronista Anónimo (DARC)*

Índice

Análisis del texto

1. Cuando en el principio
2. Los cielos y la tierra
3. El desorden y el vacío
4. La oscuridad sobre el abismo
5. El desorden de los días
6. El código numérico: ¿La firma del autor?
7. ¿Cuándo creó Dios la Tierra?

Días y Teorías

8. Hágase la luz
9. Las dos grandes lumbreras
10. La Rakia: el ozono
11. Suelo seco: ¿Pangea?
12. Lagartos enormes: ¿Dinosaurios?
13. Adam: el homo sapiens

Tablas comparativas

- El orden oculto: palabras que conectan los días
- Días y teorías
- Los dioses ocultos

Análisis del texto

1. Cuando en el principio

La primera palabra de la Torá, Bereshit, ha sido traducida durante siglos como "En el principio", dando la impresión de una afirmación absoluta: Dios crea el universo desde la nada, en un momento inaugural y definitivo. Sin embargo, esta traducción pasa por alto un detalle gramatical que los rabinos medievales notaron con precisión.

Rashi, el gran comentarista francés del siglo XI, señaló que Bereshit no aparece como sustantivo independiente sino en estado constructo, una forma gramatical hebrea que indica relación y dependencia respecto a lo que le sigue. En hebreo, el estado constructo equivale a decir "el principio de", no "el principio" a secas. Así, Bereshit bara Elohim no puede leerse correctamente como una sentencia cerrada, sino como la apertura de una cláusula temporal: "En el principio del crear de Dios..." o, más naturalmente, "Cuando en el principio Dios creó..."

Esta distinción no es menor. Si el texto dijera "En el principio" en estado absoluto, estaríamos ante una declaración metafísica sobre el origen de todo lo existente. Pero en estado constructo, la frase se convierte en una subordinada temporal, un cuando, que presupone que algo ya existía antes de que comenzara la acción narrada. El relato no arranca desde la nada absoluta; arranca desde un estado previo de desorden al que Dios comienza a dar forma. La creación, bajo esta lectura, no es fabricación sino ordenación.

Esta interpretación no es nueva ni marginal. Además de Rashi, comentaristas como Ibn Ezra y Najmánides trabajaron el primer verso desde ángulos similares, reconociendo que la gramática hebrea no sostiene la idea de una creatio ex nihilo en este pasaje específico. La tradición rabínica medieval, en su lectura cuidadosa del texto, abría ya una puerta que la teología posterior prefirió mantener cerrada.

Lo que hace especialmente interesante esta lectura es su resonancia con otro texto antiguo. El Enuma Elish, la epopeya babilónica de la creación, comienza con una frase estructuralmente idéntica: "Enuma elish la nabu shamamu", que se traduce como "Cuando en lo alto los cielos no habían sido nombrados". También un cuando. También un estado previo sin forma ni nombre. La coincidencia no es casual: ambos textos comparten no solo la imagen de un caos preexistente, sino la misma arquitectura gramatical para introducirlo. En los dos relatos, el universo ya existe; lo que comienza es el proceso de ordenarlo.

El Génesis, leído así, no narra el origen absoluto de la materia. Narra el momento en que el desorden comenzó a tener dirección.

2. Los cielos y la tierra

El primer verso del Génesis pronuncia una frase que parece contenerlo todo: Bereshit bara Elohim et hashamayim ve'et ha'aretz, "En el principio creó Dios los cielos y la tierra." A primera vista es una enumeración simple, dos cosas creadas al mismo tiempo. Pero en la tradición literaria del antiguo Cercano Oriente, mencionar dos opuestos no siempre significa hablar de dos cosas: a veces significa hablar de una sola.

Este recurso se llama merismo. Consiste en nombrar los extremos de una realidad para referirse a su totalidad. Cuando alguien dice que buscó algo "de arriba abajo", no describe dos búsquedas separadas sino una exhaustiva. En el caso del primer verso del Génesis, hashamayim ve'et ha'aretz, los cielos y la tierra, no designan dos regiones separadas del cosmos sino el universo entero: todo lo que existe arriba y todo lo que existe abajo, sin excepción.

Los sumerios tenían una expresión equivalente: An-Ki, literalmente "cielo-tierra", que funcionaba exactamente como este merismo para referirse al cosmos en su totalidad. La coincidencia no es sorprendente dado el trasfondo cultural compartido. En ambas tradiciones, el par cielo-tierra era la forma natural de decir todo.

Lo notable ocurre en el verso siguiente. Donde el verso uno afirmaba la totalidad, el verso dos la rompe: "Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo." Los cielos han desaparecido. El texto ya no habla del universo completo sino únicamente de la tierra, y la presenta en estado de caos. El merismo se ha roto a la mitad.

¿Por qué? Una explicación plausible es editorial. Algún escriba pudo haber considerado inapropiado atribuir desorden a los cielos. Si los cielos son la morada de Dios, ¿cómo podrían estar en caos? La solución fue sencilla: dejar el desorden únicamente en la tierra y silenciar a los cielos en el verso dos.

Lo que refuerza esta sospecha es la estructura interna del verso que queda. Las palabras no aparecen sueltas sino en parejas: Tohu va-bohu (desorden y vacío), Choshek y tehom (oscuridad y abismo), Ruach y Elohim (espíritu y Dios). Todo en el verso dos va de dos en dos. Y sin embargo le falta su pareja más evidente: la tierra aparece sola, sin los cielos que la acompañaban un verso antes. La ausencia es demasiado simétrica para ser accidental.

El merismo fue separado. Y esa separación, paradójicamente, puede ser el primer acto de edición teológica del texto más comentado de la historia.

3. El desorden y el vacío

Después de la ruptura del merismo, el verso dos presenta su primer par de palabras: *tohu va-bohu*. La traducción habitual es "desordenada y vacía", como si describiera dos condiciones distintas de la tierra primordial. Pero Rashi señaló que estas dos palabras funcionan como una endíadis: un recurso literario donde dos términos expresan una sola idea con mayor intensidad. No son desorden y vacío como dos estados separados, sino desorden-vacío como una sola realidad indiferenciada, un caos absoluto sin forma ni límite. La repetición no añade información; amplifica.

La observación de Rashi es gramaticalmente sólida, pero el par *tohu-bohu* guarda también algo más difícil de explicar por coincidencia.

En el *Enuma Elish*, la epopeya babilónica de la creación, la fuerza primordial del caos tiene nombre: Tiamat, diosa del mar salado, dragona del desorden cósmico, a quien el dios Marduk deberá vencer y despedazar para que el universo pueda existir. Su nombre resuena de forma incómoda dentro de *tohu*. No es una etimología establecida, y los filólogos son cautelosos al respecto, pero la cercanía fonética entre Tiamat y *tohu* ha llamado la atención de más de un estudioso del texto hebreo. Si los redactores del Génesis conocían el *Enuma Elish* — y hay razones sólidas para creer que sí, especialmente si el texto fue fijado durante el exilio en Babilonia — entonces *tohu* podría ser un easter egg: la sombra de Tiamat escondida en la primera descripción del caos, reconocible para quien supiera leer entre líneas, invisible para quien no.

Pero hay una segunda forma de leer *tohu va-bohu* que no mira hacia Mesopotamia sino hacia adentro del propio texto.

Si el caos es el tema del verso dos, también es, en cierto modo, el tema del poema entero. Los seis días de la creación, como veremos más adelante, no avanzan en orden lineal. La luz aparece antes que el Sol, las plantas antes que los astros que las alimentan, el firmamento en un lugar inesperado de la secuencia. El relato parece desordenado porque, en algún nivel, lo está. Y *tohu va-bohu*, colocado justo al inicio, podría leerse como un spoiler estructural: una advertencia de que el poema que sigue no debe leerse como una cronología sino como algo más complejo, un texto que lleva el caos en su interior de la misma forma que lo lleva el universo que describe.

El desorden no es solo lo que Dios encuentra al principio. Es también la forma en que el texto está construido.

4. La oscuridad sobre el abismo

El espíritu de Dios sobre las aguas primordiales

El verso dos continúa con su segundo par: choshek al-penei tehom, "las tinieblas sobre la faz del abismo". Como tohu va-bohu, estas dos palabras no aparecen sueltas sino juntas, formando otra dualidad dentro de un verso construido enteramente sobre pares. Pero donde tohu va-bohu guardaba la sombra de Tiamat, este segundo par apunta hacia su esposo.

Apsu es, en la cosmología mesopotámica, el dios de las aguas dulces subterráneas: los ríos, los manantiales, las corrientes que fluyen bajo la tierra y alimentan el mundo desde abajo. Es también el océano de la sabiduría, el abismo silencioso donde reside el conocimiento. Su reino no es el mar turbulento sino la profundidad quieta, la oscuridad que no ruge sino que espera. Junto a Tiamat, diosa del mar salado, forma la pareja primordial del Enuma Elish: las dos fuerzas acuáticas cuya mezcla constituye el caos original antes de que exista el cosmos.

Choshek, la oscuridad, evoca precisamente ese reino de Apsu: no una oscuridad violenta sino densa y profunda, la ausencia de luz que caracteriza lo subterráneo. Y tehom, el abismo, comparte con el nombre de Tiamat una raíz fonética que los estudiosos han señalado desde hace tiempo, aunque en nuestra lectura tehom apunta más directamente a Apsu, el abismo de aguas dulces, que a la dragona del caos. Tiamat ya apareció, velada, en tohu. Aquí es Apsu quien habita las palabras.

El verso dos quedaría entonces como un cuadro de cuatro términos que esconden a dos dioses: Tohu (Tiamat, el caos, las aguas saladas), Bohu (el eco de su presencia, la intensidad del desorden), Choshek (la oscuridad de Apsu, su naturaleza subterránea) y Tehom (el abismo acuático de Apsu, las profundidades dulces y quietas).

Tiamat y Apsu no son nombrados. Pero están presentes en cada par de palabras, mezclados como sus aguas en el caos primordial del Enuma Elish.

Y sobre esas aguas, sobre esa pareja de dioses mesopotámicos reducidos a metáfora, se mueve el ruach Elohim, el espíritu de Dios. El gesto no es sutil. En el Enuma Elish es Marduk quien derrota a Tiamat en combate para crear el mundo. El Génesis elimina la batalla pero conserva la jerarquía: Dios no lucha contra Apsu y Tiamat, simplemente se desplaza sobre ellos. No necesita vencerlos porque ya está por encima. La superioridad no se demuestra con violencia sino con presencia. Los dioses del caos no son enemigos a derrotar sino materia a ordenar, y quien los ordena los trasciende sin siquiera nombrarlos.

5. El desorden de los días

Ya dijimos que tohu va-bohu puede leerse como un spoiler estructural: una advertencia de que el poema que sigue lleva el caos en su interior. El relato de los seis días, leído en orden cronológico, parece contradecirse a sí mismo. La luz aparece antes que el Sol, las plantas antes que los astros que las alimentan. Pero estas no son contradicciones: son pistas. El texto está organizado por un principio distinto al cronológico, y ese principio se revela cuando se observan las palabras que se repiten entre los días.

El primer par: días 1 y 4

En el día uno, Dios crea la luz, ve que es buena, y realiza dos separaciones: separa la luz de la oscuridad, y nombra al resultado día y noche. Cuatro palabras clave: luz, oscuridad, día, noche. En el día cuatro estas mismas cuatro palabras reaparecen cuando Dios crea las lumbreras para gobernar el día y la noche. El día uno establece la distinción conceptual; el día cuatro la materializa. Son el mismo acto visto desde dos niveles distintos.

El verbo *lehavdil*, separar, aparece en el día uno cuando Dios separa la luz de la oscuridad, y vuelve a aparecer en el día cuatro cuando las lumbreras realizan esa misma separación. El acto de separar es el vínculo explícito entre ambos días.

El eje del poema: días 2 y 3

El verbo *lehavdil* aparece también en el día dos, cuando Dios extiende el firmamento para separar las aguas de las aguas. Aquí vale detenerse en las palabras: lo que se separa es *mayim* de *shamayim*, las aguas de los cielos, y no es difícil notar que *shamayim* lleva *mayim* dentro de sí. Los cielos son, etimológicamente, las aguas de arriba. Separar las aguas es separar lo que alguna vez estuvo unido en el merismo del verso uno.

En el día tres ocurre lo opuesto: las aguas se reúnen para que aparezca lo seco. Donde el día dos separa, el día tres junta. Son movimientos inversos y complementarios, dos caras del mismo proceso, y por eso forman el eje del poema.

El último par: días 5 y 6

Los días cinco y seis comparten una lógica distinta a los anteriores. Ya no se trata de separar ni de reunir sino de llenar. En el día cinco Dios crea las criaturas del mar y del aire y les ordena fructificar y multiplicarse. En el día seis crea los animales terrestres y al hombre, y repite exactamente la misma orden: fructificad y multiplicaos. La bendición es idéntica en ambos días, y esa repetición los une con la misma precisión con que luz y oscuridad unen los días uno y cuatro.

El orden oculto: 1-4 / 2-3 / 5-6

Cuando se siguen las palabras repetidas en lugar del orden numérico, el poema se reorganiza solo. Los días 1 y 4 están conectados por luz, oscuridad, día, noche y por el verbo separar. Los días 2 y 3 forman el eje: separar las aguas, reunir las aguas. Los días 5 y 6 están unidos por la bendición de fructificar y multiplicarse. Expresado como pares: 14 — 23 — 56.

Este orden no es el cronológico pero sí es el estructural. El poema no avanza en línea recta sino en correspondencias, y *tohu va-bohu* lo anunciaba desde el principio. El desorden de los días no es un error del texto: es su arquitectura.

6. El código numérico: ¿La firma del autor?

Una vez identificados los pares estructurales del poema — días 1 y 4, días 2 y 3, días 5 y 6 — surge una pregunta que puede parecer excesiva pero que vale la pena formular: ¿y si esos pares no deben leerse como uno-cuatro, dos-tres, cinco-seis, sino como números completos? ¿Catorce, veintitrés y cincuenta y seis?

Si esa fue la intención del autor, estaríamos ante un sistema donde la unidad salta a la decena sin advertirlo, donde el 1 y el 4 no son dos dígitos sino las cifras de un número de dos posiciones. No es un salto tan extraño como parece. En los sistemas de escritura numérica de la antigüedad ya existía algo funcionalmente similar. En el cuneiforme sumerio, el signo gesh podía valer 1 o 60 dependiendo de su posición dentro de la notación sexagesimal. El mismo símbolo, distinto valor según el contexto. Siglos después, el sistema de valor posicional que hoy usamos — donde el 1 se convierte en 10, en 100 o en 1000 según dónde se coloque — llegaría a Europa a través de los números que llamamos arábigos, y estos a su vez tienen su historia en la India. ¿Es posible que esa intuición posicional haya viajado desde las tablillas cuneiformes de Mesopotamia hacia el sistema numérico que terminó conquistando el mundo? No es una pregunta que podamos responder aquí, pero tampoco es absurdo plantearla.

Catorce: el número del rey

Catorce tiene un significado preciso en la tradición bíblica. Las letras del nombre David, Dalet-Vav-Dalet, suman en su valor numérico exactamente 14. No es un número neutro: es el número del rey por antonomasia, del fundador de la dinastía, del ungido. Que el primer par del poema lleve ese número no parece accidental si quien escribió el texto pertenecía a esa tradición.

Veintitrés: el rey exiliado

Veintitrés podría señalar a un rey específico. Contando desde Saúl, el primer rey de Israel, y su hijo Ish-Boshet, el vigesimotercer monarca de la línea llevaría a Joaquín, rey de Judá, cuyo reinado fue breve y cuyo destino fue decisivo. En el año 598 antes de nuestra era, Joaquín fue deportado a Babilonia por Nabucodonosor. Con él viajó la élite intelectual de Jerusalén: sacerdotes, escribas, sabios. En Babilonia, rodeado de templos y tablillas cuneiformes, Joaquín o quienes lo acompañaban habrían tenido acceso directo al Enuma Elish, a las listas de reyes antediluvianos, a toda la tradición literaria de Mesopotamia de la que el Génesis guarda tantos ecos.

Cincuenta y seis: el número del exilio

Cincuenta y seis cierra el código. En algunas tradiciones numerológicas antiguas este número está asociado al peregrinaje, al tránsito, al viaje sin retorno. En el contexto del poema, una palabra lo resume mejor que peregrinaje: deportación. El número del exilio, colocado en los días donde aparece el hombre y se le ordena fructificar y multiplicarse,

podría ser la firma de alguien que escribió desde la ausencia, que ordenó el caos con palabras porque el mundo que conocía había sido arrasado.

El poema de la creación como memoria del exilio. La arquitectura del cosmos como metáfora de un pueblo que intenta reconstruir el orden desde Babilonia.

Tal vez me equivoco. Los escribas hebreos quizás no operaban así con los números, y Joaquín quizás nunca tocó un estilete ni dictó un verso. El código puede ser una coincidencia elaborada, una pareidolia numérica, el tipo de patrón que la mente humana encuentra en cualquier superficie si la mira con suficiente intensidad.

A lo mejor. Puede ser. Quién sabe.

7. ¿Cuándo creó Dios la Tierra?

El primer verso del Génesis parece responder esta pregunta antes de que se formule: "En el principio creó Dios los cielos y la tierra." Ahí está, en la primera línea. Pero como ya vimos, hashamayim ve'et ha'aretz no son dos objetos creados sino un merismo, una totalidad. El autor no dice cuándo fue creada la Tierra: dice que Dios creó todo. La pregunta sigue sin respuesta.

Y entonces el verso dos rompe el merismo. Los cielos desaparecen y la Tierra queda sola, en caos, sin forma. ¿En qué momento exacto del poema fue creada la Tierra como tal?

La respuesta aparece, de forma casi casual, al inicio del segundo capítulo del Génesis: "El día que YHWH Dios hizo la Tierra y los Cielos, aún no había planta del campo ni hierba, porque Dios no había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre que labrara el suelo. Pero subía un vapor que regaba la superficie."

El merismo regresa. Los cielos, ausentes desde el verso dos, reaparecen aquí silenciosamente. Pero algo ha cambiado: el orden se invirtió. En el verso uno era cielos y tierra; aquí es tierra y cielos. No es una repetición mecánica sino una corrección sutil, como si el texto recordara la ausencia anterior y la enmendara con delicadeza.

Y el pasaje añade una condición crucial: en ese día aún no había plantas. Las plantas aparecen en el día tres. Por lo tanto el día en que Dios creó la Tierra fue necesariamente anterior al día tres. Dentro de la arquitectura 14-23-56, los días anteriores al tres son el uno, el dos y el cuatro.

El día cuatro: la Tierra como planeta

El día cuatro es cuando son creadas las lumbreras, el Sol y la Luna. Y según la hipótesis nebular, la Tierra no nació sola sino junto al Sol, a partir de la misma nube de gas y polvo que lo engendró. Son contemporáneos, productos del mismo proceso. No hay Tierra sin Sol, y no hay Sol sin que a su alrededor se formen los planetas. Si el día cuatro es el día del Sol, es también, inevitablemente, el día en que existe por primera vez un planeta Tierra.

El merismo An-Ki cobra sentido aquí: cielos y tierra, Sol y planeta, formados juntos en el mismo eón. Génesis 2:4 restaura ese par precisamente cuando habla del día de la creación de la Tierra, como si el autor supiera que ambos nacieron del mismo evento sin tener palabras para la hipótesis nebular.

El día dos: la Tierra como mundo

Pero un planeta no es todavía un mundo. La Tierra recién formada era una roca ardiente, bombardeada, sin atmósfera respirable ni océanos. Lo que la convirtió en mundo fue el proceso del día dos: el vapor ascendiendo desde los cristales de ringwoodita, los océanos formándose lentamente, las cianobacterias produciendo el oxígeno que

terminaría construyendo el ozono. La rakia no como bóveda sino como escudo. La Tierra preparándose durante eones para sostener lo que vendría después.

Y Génesis 2:5 lo describe con una precisión que sigue siendo asombrosa: no lluvia que descende, sino vapor que asciende. Exactamente como el Precámbrico. Ese es el día en que la Tierra deja de ser un planeta y se convierte en un mundo habitable.

Dos respuestas para una pregunta

El día cuatro es el día en que la Tierra nació como planeta, junto al Sol, en el mismo evento nebular. El día dos es el día en que la Tierra se convirtió en mundo, cuando el vapor, los mares y el ozono la prepararon para sostener la vida.

El autor del Génesis quizás no distinguía entre ambas cosas. Pero dejó las pistas suficientes para que la pregunta tuviera dos respuestas correctas, una astronómica y una geológica, separadas por miles de millones de años y por apenas un día en el poema.

Días y Teorías

8. Hágase la luz

"Y dijo Dios: Sea la luz. Y fue la luz."

El Big Bang: el primer instante del universo

De todos los paralelos entre el poema del Génesis y las teorías científicas contemporáneas, el primero es quizás el más sorprendente. No porque la ciencia confirme al texto, sino porque ambos arrancan desde el mismo punto: antes del principio, no había nada. O casi nada.

La teoría del Big Bang describe el origen del universo a partir de lo que la física llama vacío cuántico: un estado que no es exactamente nada, sino una fluctuación de energía potencial donde partículas subatómicas surgen y desaparecen virtualmente de la nada, en fracciones de tiempo imposiblemente pequeñas. De ese vacío, en un instante singular, emerge todo. No desde una materia preexistente sino desde una inestabilidad cuántica que lo produce todo de golpe.

El resultado inmediato no es orden sino exactamente *tohu va-bohu*: un mar denso y caótico de partículas subatómicas chocando desordenadamente entre sí, a temperaturas y densidades tan extremas que nada puede mantenerse estable. Quarks, gluones, fotones, antipartículas, todo colisionando sin estructura posible. El caos no es metáfora aquí: es el estado termodinámico literal del universo en sus primeros instantes.

Conforme el espacio se expande y la temperatura desciende, algo comienza a consolidarse. Los quarks se unen formando protones y neutrones, y estos a su vez se combinan en los primeros núcleos atómicos, principalmente hidrógeno y helio. Es la nucleosíntesis primordial: la materia comienza a tener estructura, aunque todavía rudimentaria. El universo sigue siendo opaco, una niebla ardiente donde la luz no puede viajar libremente porque choca constantemente con las partículas cargadas que lo llenan todo. Durante miles de años el cosmos existe pero no puede verse a sí mismo. La luz está atrapada.

Entonces el espacio se expande lo suficiente. La temperatura cae al punto en que los electrones pueden unirse a los núcleos atómicos formando átomos neutros y completos. En ese momento, de forma casi simultánea en todo el universo, los fotones quedan liberados. Ya no hay partículas cargadas que los atrapen. La luz puede viajar.

Hágase la luz.

No es la creación de una lámpara ni el encendido de una estrella. Es el momento en que el universo se vuelve transparente a sí mismo, en que la energía que ya existía atrapada

en el caos encuentra por primera vez la posibilidad de desplazarse, de distinguirse del fondo, de separarse de la oscuridad. Los físicos llaman a este momento la época de la recombinación, y su eco todavía puede detectarse hoy en la radiación de fondo de microondas, la luz más antigua del universo, el primer amanecer convertido en señal.

Antes de ese momento, todo existía. Después de ese momento, todo podía verse.

9. Las dos grandes lumbreras

"Hizo Dios las dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para gobernar el día y la menor para gobernar la noche. Hizo también las estrellas."

El sistema solar: las estrellas errantes alrededor del Sol

El Sol joven y la formación de los planetas

El verso es deliberadamente evasivo. En todo el relato de la creación, Dios nombra lo que crea: llama a la luz día, a la oscuridad noche, a lo seco tierra, a la reunión de las aguas mares. Nombrar es parte del acto creador. Pero aquí, en el día cuatro, los dos cuerpos más visibles del cielo no reciben nombre. Son simplemente "la lumbrera mayor" y "la lumbrera menor", descritas por su función, no por su identidad.

La omisión es intencional y el motivo no es difícil de adivinar. En las tradiciones vecinas, el Sol y la Luna no eran objetos celestes sino dioses. Para los babilonios, Shamash era el dios solar, señor de la justicia y el destino. Sin o Yarij era el dios lunar, regulador de los calendarios y los ciclos. Sus nombres eran sagrados, sus templos monumentales, sus cultos extendidos por todo el Cercano Oriente. Pronunciar sus nombres en un poema de la creación habría sido reconocerles divinidad.

El autor del Génesis hizo lo mismo que con Tiamat y Apsu en el verso dos: no los destruyó sino que los ocultó. Donde el verso dos escondió a los dioses del caos detrás de cuatro palabras en pares, el día cuatro esconde a los dioses del cielo detrás de una descripción funcional. Shamash y Sin no son nombrados pero están presentes, reducidos a instrumentos del tiempo, relojes celestes que marcan días, meses y estaciones.

Y casi como si el autor quisiera minimizar aún más su importancia, las estrellas reciben apenas media frase: "Hizo también las estrellas." Como quien añade un detalle menor al final de una lista.

La ciencia describe el origen de esas lumbreras con un proceso que guarda su propio tipo de poesía. Hace unos cinco mil millones de años, una vasta nube de gas y polvo derivaba en el espacio sin forma definida. La hipótesis nebular propone que fue la explosión de una supernova cercana la que perturbó esa nube, la chispa exterior que desencadenó su colapso gravitacional. La materia comenzó a concentrarse hacia el centro, la presión y la temperatura aumentaron hasta el punto en que el hidrógeno

comenzó a fusionarse, y el Sol se encendió desde dentro como un horno que llevaba miles de millones de años acumulando combustible.

Alrededor de ese centro recién encendido, el material restante de la nube comenzó a girar, aplanándose en un disco que con el tiempo produjo los planetas. Los babilonios los llamaban bibbu, las estrellas errantes, cuerpos que no seguían el movimiento fijo del firmamento sino que vagaban por el cielo con trayectorias propias.

La Tierra fue uno de esos planetas. Y junto a ella, un cuerpo del tamaño de Marte colisionó con la Tierra joven arrancando el material que terminaría formando la Luna. No fue una creación delicada sino un golpe, un residuo del caos primordial convertido en compañera fiel que señala los meses y las mareas.

La lumbrera menor, formada del impacto. El caos, una vez más, como materia prima del orden.

10. La Rakia: el ozono

"Y dijo Dios: Haya un firmamento en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas."

La Tierra primordial: volcanes y vapor en el Precámbrico

La capa de ozono: la rakia que protege la vida

El segundo capítulo del Génesis guarda un detalle que suele pasarse por alto. Antes de describir al hombre y al jardín, introduce una condición previa al mundo habitable: "Aún no había planta del campo ni hierba, porque Dios no había hecho llover sobre la tierra, y no había hombre que labrara el suelo. Pero subía un vapor de la tierra que regaba toda la superficie."

No lluvia. Vapor. El agua no desciende del cielo sino que asciende desde abajo, desde el interior de la tierra misma. En las profundidades del manto terrestre, a cientos de kilómetros bajo la superficie, existe un mineral llamado ringwoodita capaz de almacenar agua en su estructura cristalina. La Tierra joven, todavía ardiente y sometida a una intensa actividad volcánica, liberaba ese agua atrapada en forma de vapor a través de grietas y erupciones. El Génesis lo describe con una precisión que no pudo ser intencional, o que si lo fue, resulta difícil de explicar.

Ese vapor, acumulado durante millones de años, fue formando los primeros océanos. Y en esos océanos primitivos, en la oscuridad de las aguas profundas donde aún no llegaba la luz del sol, ocurrió algo que la ciencia ha llamado recientemente oxígeno oscuro: procesos electroquímicos en los nódulos del fondo marino que producen oxígeno sin necesidad de fotosíntesis. El agua generando oxígeno desde abajo, en la oscuridad, antes de que existiera ningún organismo que lo hiciera.

Pero fueron las cianobacterias quienes transformaron el planeta. Estos microorganismos, entre los primeros seres vivos de la Tierra, aprendieron a capturar la luz solar y liberar oxígeno como subproducto. Durante cientos de millones de años, generación tras generación, fueron llenando los océanos y luego la atmósfera de un gas que antes era prácticamente inexistente.

El oxígeno que ascendía a las capas altas de la atmósfera encontró allí la radiación ultravioleta del Sol, y la reacción entre ambos produjo ozono, una capa molecular que comenzó a actuar como escudo entre la superficie terrestre y la radiación más dañina

del espacio. La rakia, el firmamento extendido a golpes según la imagen del herrero que trabaja el metal al rojo vivo, no era una bóveda sólida ni un techo de cristal. Era esta capa: invisible, delgada, construida molécula a molécula por organismos microscópicos durante eones, pero decisiva. Sin ella, la vida compleja no habría podido salir del agua.

Las aguas de arriba y las aguas de abajo, separadas por el firmamento. La atmósfera protectora entre el océano y el espacio exterior. El día dos describe, en el lenguaje del mito, el momento en que la Tierra se volvió capaz de sostener lo que vendría después.

11. Suelo seco: ¿Pangea?

"Y dijo Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y aparezca lo seco."

Pangea: el supercontinente rodeado por el océano Pantalasa

El texto bíblico describe el proceso con una lógica aparentemente simple: las aguas se concentran, y al hacerlo dejan al descubierto la tierra firme. Primero se mueven las aguas, luego aparece el suelo. Sin embargo la geología cuenta la historia en sentido inverso, o al menos más complicado que eso.

Durante el Paleozoico, las grandes masas continentales no estaban sumergidas esperando emerger sino que existían ya como tierras separadas, dispersas por el planeta. Gondwana en el hemisferio sur agrupaba lo que hoy son África, Sudamérica, la Antártida, Australia e India. Eurasia se consolidaba en el norte. Estos supercontinentes eran en gran parte desérticos, rocosos, sin suelo vegetal desarrollado. El esqueleto del mundo, sin carne todavía.

Lo que ocurrió no fue que las aguas se juntaron y dejaron ver la tierra, sino que la tierra se juntó a sí misma. Las placas tectónicas, en su deriva lenta e implacable, fueron acercando esas masas continentales hasta colisionar y fusionarse en una sola gran tierra: Pangea, el supercontinente que reunió casi toda la masa terrestre del planeta en un único bloque rodeado por un océano global llamado Pantalasa. Las aguas no se juntaron: quedaron afuera mientras la tierra se unía por dentro.

El Génesis invierte el agente pero conserva el resultado: suelo seco y aguas reunidas en un lugar. Para quien observaba el mundo sin tectónica de placas, la imagen más natural era que las aguas retrocedieran.

Y sobre ese suelo recién consolidado, la vida comenzó a conquistar la tierra firme. El Génesis menciona plantas, hierba y árboles frutales en el día tres, pero no dice nada de los animales que poblaron el Paleozoico antes de que existiera ningún jardín reconocible. Fueron los peces quienes exploraron primero las orillas, algunos arrastrándose hacia el lodo en lo que la evolución convertiría eventualmente en extremidades. De ellos surgieron los anfibios, criaturas puente entre el agua y la tierra. Y de los anfibios emergieron los primeros reptiles, que resolvieron el problema de la reproducción fuera del agua con el huevo amniótico y se convirtieron en los señores de la tierra seca.

Nada de esto aparece en el día tres del Génesis. Peces, anfibios y reptiles llegarán mencionados más adelante, en los días cinco y seis, dentro de la lógica estructural del poema: primero los espacios, luego quienes los habitan. Pero cronológicamente, toda

esa explosión de vida vertebrada ocurrió aquí, en el Paleozoico, mientras Pangea terminaba de ensamblarse y las primeras plantas vasculares comenzaban a cubrir de verde un mundo que hasta entonces había sido piedra y silencio.

Las aguas se juntaron, o la tierra se juntó, según a quién le preguntes.

12. Lagartos enormes: ¿Dinosaurios?

"Y creó Dios los grandes taninim, y todo ser viviente que se mueve, con que las aguas abundan, según su género, y toda ave alada según su género."

Los taninim gedolim: lagartos enormes del Mesozoico

La palabra taninim ha desconcertado a los traductores durante siglos. Dependiendo de la versión, aparece como monstruos marinos, dragones, serpientes grandes o simplemente criaturas del mar. Pero taninim es el plural de tannin, una palabra que en otros pasajes del texto hebreo se usa sin ambigüedad para referirse a lagartos o reptiles grandes. No hay dragones ni monstruos míticos en la raíz de la palabra: hay reptiles. Lagartos.

Y el adjetivo que los acompaña es gedolim: enormes. Lagartos enormes. La traducción alternativa no requiere imaginación desbordada sino simplemente respetar lo que la palabra dice. Y lagartos enormes es exactamente lo que el Mesozoico produjo en cantidades extraordinarias. Los griegos los llamarían eventualmente deinosauros: lagartos terribles. Dinosaurios.

El Mesozoico comienza después de la gran extinción que cerró el Paleozoico, un evento que eliminó cerca del noventa por ciento de las especies marinas y una proporción comparable de las terrestres. El mundo quedó casi vacío. Y en ese espacio abierto por la catástrofe, la vida respondió con una diversificación explosiva. Los mares se repoblaron de nuevas formas de peces, más ágiles y variadas que las anteriores. El texto lo menciona: junto a los taninim gedolim aparecen los seres vivientes con que las aguas abundan. Los peces resurgen antes que las aves en la lista, y esa secuencia tiene una lógica que va más allá de la poesía.

Porque entre los lagartos enormes y las aves, el texto coloca a los peces. Y esa interrupción, ese paréntesis acuático entre los reptiles gigantes y las criaturas del aire, puede leerse como algo más que un recurso literario. Es una forma de decir que pasó el tiempo. Que entre los señores de la tierra y las criaturas del cielo hubo un intervalo, una era entera de mares que se repoblaban mientras los gigantes dominaban la tierra.

Y entonces ocurrió lo que la paleontología tardó siglos en descubrir y que hoy es consenso científico: las aves no fueron creadas aparte. Surgieron de un linaje específico de dinosaurios terópodos, bípedos y de huesos huecos, cuyas escamas se fueron transformando en plumas a lo largo de millones de años, primero como aislamiento térmico, luego como superficie de planeo, finalmente como alas. El cielo no recibió a las

aves desde fuera: las fabricó la tierra desde sus propios lagartos, refinando y aligerando lo que ya existía hasta que aprendió a elevarse.

El Génesis pone en el mismo día a los taninim gedolim, a los peces y a las aves. La ciencia pone en la misma era a los dinosaurios, a la recuperación de los mares y al origen de las aves. El poema comprimió en un día lo que el planeta tardó ciento ochenta millones de años en desplegar. Pero la secuencia, lagarto a lagarto, de la tierra al cielo, es la misma.

13. Adam: el homo sapiens

"Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, y tenga dominio sobre los peces del mar, las aves del cielo, las bestias y toda la tierra."

Adam y Eva: el homo sapiens en el jardín del Cenozoico

El día seis comienza no con el hombre sino con las bestias. Primero el ganado, los animales que se arrastran y las bestias del campo, y solo después, como culminación de todo el proceso, Adam. El orden no es arbitrario: el texto coloca al hombre al final de una secuencia que viene construyéndose desde el primer día, el último en aparecer y por eso el que hereda todo lo anterior.

El Cenozoico cuenta la misma historia con otros nombres. Hace sesenta y seis millones de años, un asteroide de aproximadamente diez kilómetros de diámetro impactó la Tierra en lo que hoy es la península de Yucatán. El impacto liberó una energía equivalente a miles de millones de bombas nucleares, levantó una nube de polvo y ceniza que bloqueó la luz solar durante años y desencadenó la extinción de los dinosaurios no aviares, los grandes reptiles marinos y una fracción enorme de la vida del planeta. Los taninim gedolim desaparecieron.

Pero no todo pereció. En madrigueras, grietas y espacios subterráneos sobrevivieron criaturas pequeñas, de sangre caliente y metabolismo flexible: los mamíferos. Habían existido durante toda la era de los dinosaurios, discretos y marginales, esperando en las sombras. Con la extinción, el mundo quedó vacío y ellos lo llenaron.

Las bestias del campo del día seis son los mamíferos del Cenozoico: caballos, elefantes, ballenas, felinos, primates. Formas diversas que ocuparon cada espacio disponible, desde los océanos hasta las cimas de las montañas. Sin los dinosaurios que los habían mantenido pequeños durante ciento cincuenta millones de años, los mamíferos exploraron sin restricciones todo lo que el planeta ofrecía.

Y entre ellos, hace apenas unos trescientos mil años en términos geológicos, un instante, surgió el homo sapiens sapiens. El homie que piensa que piensa.

No fue el más grande ni el más fuerte ni el más rápido. No tenía garras ni colmillos notables ni piel que lo protegiera del frío sin ayuda. Lo que tenía era un cerebro desproporcionadamente grande para su cuerpo, capaz no solo de reaccionar al entorno sino de modelarlo mentalmente antes de actuar, de recordar el pasado y anticipar el futuro, de nombrar lo que veía y transmitir ese nombre a quien no estuvo presente. La conciencia simbólica, la capacidad de representar el mundo con palabras e imágenes, de contar historias sobre el origen de las cosas.

El Génesis dice que el hombre fue creado a imagen de Dios. No en forma ni en tamaño sino en algo más específico: en la capacidad de nombrar. En el mismo relato, pocas líneas después, Dios lleva ante Adam a todos los animales para que él les ponga nombre. No es un detalle menor. Nombrar es el acto creador por excelencia en este poema, el gesto que Dios realiza desde el primer día y que ahora delega en la única criatura capaz de repetirlo.

El universo tardó trece mil ochocientos millones de años en producir algo capaz de preguntarse cómo empezó todo. El día seis fue el más largo.

Tablas comparativas

El orden oculto: palabras que conectan los días

Días conectados	Palabras o frases repetidas	Lo que revelan
Días 1 y 4	Luz, oscuridad, día, noche	El día 1 establece la distinción conceptual; el día 4 la materializa en cuerpos celestes
Días 1, 2 y 4	Lehavdil — separar	El acto de separar es el verbo estructural del poema; crear es distinguir
Días 2 y 3	Aguas separadas / aguas reunidas	Forman el eje del poema: movimientos inversos y complementarios
Días 2 y 3	Mayim dentro de Shamayim	Separar las aguas es separar lo que el verso 1 unió en el merismo
Días 5 y 6	Fructificad y multiplicaos	La misma bendición idéntica une los días del llenado

Días y teorías

Día del Génesis	Capítulo	Teoría científica	Conexión
Día 1	Hágase la luz	Big Bang	Del vacío cuántico surge un mar caótico de partículas; al expandirse el espacio los fotones quedan liberados: hágase la luz
Día 4	Las dos grandes lumbreras	Hipótesis nebular	Una supernova colapsa una nube de gas y polvo; se enciende el Sol, se forman los planetas y la Luna nace del impacto sobre la Tierra joven
Día 2 + Gén. 2	La Rakia: el ozono	Supereón Precámbrico	La actividad volcánica libera vapor desde cristales de ringwoodita; se forman los océanos; las cianobacterias producen oxígeno que forma la capa de ozono
Día 3	Suelo seco: ¿Pangea?	Paleozoico	Las placas tectónicas fusionan los supercontinentes en Pangea; surgen plantas, peces, anfibios y reptiles
Día 5	Lagartos enormes: ¿Dinosaurios?	Mesozoico	Resurgen los peces; dominan los taninim gedolim (dinosaurios); de un linaje de terópodos evolucionan las aves

Día 6	Adam: el homo sapiens	Cenozoico	El asteroide extingue a los dinosaurios; los mamíferos dominan la Tierra; surge el homo sapiens sapiens, el homie que piensa que piensa
-------	-----------------------	-----------	---

Los dioses ocultos

Tradición	Divinidad	Dónde aparece en el Génesis	Cómo fue ocultado
Sumerio	An-Ki — cielo y tierra, el cosmos completo	Hashamayim ve'et ha'aretz (Génesis 1:1)	No son dioses sino realidades creadas; conservan el papel estructural de totalidad cósmica pero pierden su divinidad
Babilónico	Tiamat — diosa del caos, las aguas saladas	Tohu — el caos primordial (Génesis 1:2)	Su nombre queda reducido a una palabra que describe una condición, no una divinidad con voluntad propia
Babilónico	Apsu — dios de las aguas dulces, la oscuridad subterránea	Bohu, choshek y tehom — el vacío, la oscuridad y el abismo (Génesis 1:2)	Su reino de profundidad y oscuridad queda como telón de fondo impersonal sin agencia ni nombre
Sumerio/Babilónico	Enki — dios del espíritu y las aguas, la sabiduría	Ruach Elohim — el espíritu que se mueve sobre las aguas (Génesis 1:2)	Su función ordenadora se mantiene pero no hay combate; el poder emana directamente de Dios
Babilónico/Cananeo	Shamash y Sin/Yarij — dioses del Sol y la Luna	Las dos grandes lumbreras que gobiernan el día y la noche (Génesis 1:16)	No reciben nombre propio; son reducidos a instrumentos del tiempo sin identidad divina
Mesopotamia	Las huestes celestes — estrellas como divinidades menores	"Hizo también las estrellas" (Génesis 1:16)	Despachadas en media frase; lo que era sagrado se vuelve accesorio

Derechos de autor

© 2026 — Cronista Anónimo (DARC)

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0).

Se permite copiar, distribuir y adaptar el contenido de esta obra, siempre que se cumplan las siguientes condiciones:

- Se reconozca la autoría como Cronista Anónimo (DARC).
- No se utilice con fines comerciales.
- Las obras derivadas se distribuyan bajo la misma licencia.

La lectura y descarga de esta obra son libres y gratuitas. Cualquier uso comercial requiere autorización expresa del autor.

Licencia completa: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>